

NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.



NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTS.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Madrid: trimestre... Pesetas 2,50
 Provincias: trimestre... 3

REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA

25 números ordinarios... Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios... 5

La Correspondencia al Administrador, Calle del Arenal, 27, Madrid.—(No se devuelven los originales.)

SUMARIO

Advertencia.—Los quites, por J. Sánchez de Neira.—Epigrama, por M. del Todo y Herrero.—Apuntes de un taurinero, por Sobaquillo.—Nuestro dibujo, por M. del T. y H.—Capotas, por Don Cándido.

ADVERTENCIA.

En el número próximo ofreceremos al público el retrato y la última cogida experimentada por el conocido matador José Sánchez del Campo (Carancha), en la Plaza de Toros de Cartagena, de la que ya tienen noticia nuestros lectores.

LOS QUITES

«A oportunidad para hacer los quites» á la gente de á caballo y á la de á pie que se ve en peligro, es una de las cualidades más esenciales en todo lidiador, y la que en muchas ocasiones denota en él gran conocimiento del arte, excelente vista y previsión y generosos sentimientos. No puede intentarlos nunca un hombre tímido que piense más en sí que en sus compañeros, porque el instinto de conservación propia ha de obligarle á ser tardío é ineficaz: no debe pensar en hacerlos bien, el que no tenga dominio absoluto sobre sí mismo para doblegar su voluntad hasta el punto de inclinarla, no al lado que más le guste, si no al que más convenga en el momento crítico y determinado; y no puede ni debe acudir á un «quite» quien no tenga conocimiento exacto de su profesión, y aun de la índole y condiciones del toro que ha de apartar del peligro. De todo lo cual se deduce que hará mejores quites, más oportunos y de mayor efecto, el torero que más se aproxime á la perfección, que cualquier otro que, aun practicando determinada suerte con mejor arte, sea menos inteligente en la ejecución de todas ellas, abarcando limitadamente el conjunto de las mismas. Más claro: un excelente banderillero puede ser mal espada, y un espada, que por lo general sea atinado al herir, puede ser hombre para quien el capote en los «quites» sea estorbo perjudicial, á pesar de un buen deseo. Esto, que no es nuevo, autoriza á creer que antes de tomar la alternativa de matadores, debieran los toreros ser muy duchos en el manejo del capote «á pie quieto», no fiando á las piernas la salvación del individuo.

Son, pues, los «quites» actos importantísi-

mos del toreo, que aunque no constituyan suerte definida, implican grande competencia en el que bien los ejecuta, y pueden reportarle crédito y fama merecidos. Hay nada que arranque aplauso más espontáneo que cuando á un hombre perseguido por el toro que avanza con tanta rapidez como la que aquel va perdiendo en la carrera iniciada, y ver que, casi alcanzado, poco menos que encunado, se interpone entre ambos un capote oportunamente dirigido, merced al cual cambia el animal de rumbo y el hombre queda salvado? Ciertamente que no. Pero para este caso, como para todos, es necesario saber cómo y cuándo es el momento de hacer ese quite; porque no dará buen resultado querer alcanzar al toro corriendo tras él, ni llamándole para que atienda á otro lado, en cuyos casos creese el animal perseguido á la vez, cocea y rara vez se vuelve. Precisa entonces salir á su costado y taparle con el engaño, y el éxito es seguro, puesto que ve un objeto tan cercano que le hace perder la vista del que perseguía.

Más sencillos son los quites que ahora hacen los espadas al situarse en el centro de la Plaza, llegado el momento de que los banderilleros vayan a pelear. Antes no salían los matadores de asistentes al acto, porque los peones antiguos ponían rehiletos en todos los terrenos y cualquiera que fuese la situación del toro; ahora son necesarios, pues sin ellos veríanse aquéllos apurados en todos los casos en que llaman al toro y éste va, que quieren que no venga, sino que esté quieto y clavado si fuese posible. Basta para este «quite» casi siempre soltar á la larga el capote, y cortar el viaje al animal, que se para asombrado.

La parte más principal, la que con más razón se ha llamado siempre «quite» es aquella que se hace en la suerte de varas. Es de varios modos y voy á describirlos brevemente.

Para que el toro no recargue sobre el caballo más de lo que permita al picador echarse por delante, el capote es un poderoso auxiliar, y la suerte, ejecutada por dos entendidos diestros es de las más bonitas del toreo. Un picador apoyando la vara en el morrillo del animal, al tiempo mismo que hace girar con la mano izquierda el caballo que monta para librarle del hachazo, y un hombre á pie que incita la salida de la res, extendiendo á lo largo el capote hasta tropezar en el hocico de ella, es un cuadro digno del pincel de Ferrant y del lápiz de Perea. Rara será la colección de láminas

taurinas en que no figure dicha suerte en primer término. Debe, pues, hacerse ese quite, exclusivamente con «largas» ó sea con el capote extendido, tomado de una punta, porque es la postura natural, la más airosa y da tiempo á prevenir una mala ó contraria salida del toro.

Yo condeno el sistema de abrir el capote á dos manos para hacer el quite á un picador que no ha sido derribado, y también para el que habiendo caído, la fiera le ha abandonado y salido poco menos que huyendo; porque si no hay peligro, si no hay que quitar ó salvar ningún inconveniente, ¿á qué torcer el viaje de la fiera, que sale asombrada de la suerte? Quisieran en estos casos los espadas obtener aplausos, que sólo prodigan los ignorantes, por dos ó tres verónicas, que recortando al toro á fuerza de correr á situarse fuera de cacho, le dejan parado; pero si quieren pararle, ¿por qué no dan esas verónicas á pie quieto y como el arte manda? Dejen al toro franca la salida, como las leyes del toreo exigen, y no quieran pise como «quite» lo que no lo es, puesto que significando en tauromaquia la palabra quitar, apartar, impedir que el toro arremeta contra el que tiene cerca como objeto de su fiereza, bien se comprende que cuando sigue su viaje natural, apartándose de todos los bultos, no hay tal quite, porque el apartamiento es voluntario. Insisto en esto, porque da ira ver cómo se trata á los toros para destroncarlos, y lástima la impasibilidad de los ganaderos al presenciar la lidia que hoy se practica.

El quite verdadero, el quite de mérito, es aquel en que derribado al suelo el picador, se le ve esperando con angustia la cornada, sin poderse mover ni evitarla, al toro pegajoso corneando al jaco con codicia, y á todos los espectadores siendo presa de un terror y de un anhelo fatigoso, hasta que la capa del espada cubre la vista de la fiera y aguantándola de cerca sus derrotes, poco á poco y paso á paso la lleva empapada en los pliegues del trapo, hasta apoderarse de ella, consintiéndola con su cuerpo, y salvando, con gravísima exposición de la propia, la vida del compañero desvalido. No hay con qué pagar un quite de esta clase, y para ejecutarle ni deben pedirse observancia de reglas marcadas, ni respetarse jerarquías. De cualquier modo que se arroje el capote á la cara del toro, de frente, de costado, liándose al testuz, hágalo el primer espada ó el último banderillero, ó todos los que cerca estén, siempre será bien ejecutado, si se consigue el fin

LA LIDIA.



H. Ferras

Giménez

apetecido; que la vida de un hombre es ante todo. Por eso aplaude el público actos, que no existiendo aquel peligro, no puede tolerar, como son el coleo innecesario, y la intervención de los peones en atribuciones propias del espada; y yo me permito aconsejar á los toreros, que en casos tales, evitando todo barullo, pero demostrando eficacia, ayuden y estén muy á la mira del compañero que arranca la fierra del sitio del peligro, porque haciendo este quite de cara á la misma, tiene que ir retrocediendo cuanto aquella avance, y no es lo mismo ir perdiendo terreno que ganándole, ni fácil atender á la colocación que se ocupa en el ruedo, ni si en él hay otros inconvenientes que puedan acarrear un percance.

Como síntesis de este artículo puede decirse: que no intenten acudir á los quites los toreros que carezcan de valor ni los que manejen mal el capote; que no se corra tras de los toros que persigan á un diestro, si no que para hacer el quite se interpongan de frente ó de costado: que no son «quites» sino abuso detestable las medias verónicas movidas, que impiden al toro, después de recibir el puyazo, seguir su viaje natural, ya por ellos iniciado, y que para los quites de compromiso, de aquellos en que por hallarse al descubierto un hombre, es necesario apelar á todos los medios, en el primer momento ha de seguirse el impulso del corazón, y luego, que dirija la cabeza.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

—o—

EPIGRAMA

—Eso, Facunda, es montar.—
Una rubia como el oro
dijo, viendo sobre el toro
á un charro jinetear.
—No sabrán ejecutar
aquí suerte tan lucida.—
Y contestó la aludida:
—También montan sin trabajo;
lo que es que vienen abajo
á la primer sacudida.

M. DEL TODO Y HERRERO.

APUNTES DE UN TAURÓMANO

XI

CUANDO oigo ó leo algo acerca del lujo en la construcción de las plazas modernas, digo como el personaje puesto por Pereda en *El sabor de la tierra*:

—¡Tadáy, pobrezal!
Para lujo, el de la Plaza de Toros de Zaragoza á fines del siglo pasado.

¿Quién ha de figurarse que el que pintó los tablonnes que separan el tendido del callejón, es decir, la barrera, fué el mismísimo D. Francisco Goya?

A su vuelta de Roma, tuvo uno de sus muchos arranques tauromaníacos, y cogiendo los pinceles, hizo gracioso alarde de su portentosa facilidad, en las escenas y episodios del toreo que trasladó con vibrante y vigoroso color á cada uno de los *panneaux* que hay entre pilastra y pilastra.

Quando la intemperie empezó á destruir aquella obra genialísima, cuyo valor sería ahora incalculable, una brocha bárbara «pintó» de nuevo la barrera, no sin que se salvaran algunos de aquellos tablonnes.

Lo sé por quien todavía alcanzó á verlos, hace muchos años, en manos que después han dejado que se perdiera tal tesoro.

Y recordándolo digo:

¿Qué valen junto á eso el hierro, y la piedra, y el cristal, y las imitaciones, moriscas ó romanas, de las modernas Plazas de Toros?

Ahí es nada. ¡Una barrera pintada por Goya!

Tanto valdría poner acuarelas de Fortuny en los aros de papel por donde saltan las Amazonas de los circos.

XII

Hay en España un Obispo (y de los buenos), que lo es por obra y gracia de Manuel Domínguez.

Allá por los años de cincuenta y tantos, era ídolo del público sevillano el intépido *Desperdicios*.

No todos los aficionados apreciaban de igual manera su mérito. Si eran muchos sus admiradores, también le censuraban algunos. De ahí, bandos enemigos, disputas ruidosas, peloterías, riñas. Hubo navajas tintas en sangre, y es fama que se esgrimieron también armas de más noble linaje y caballeresca historia.

Tales fueron las lucientes hojas de Toledo que cruzaron, á impulsos del ardor juvenil, dos oficiales de un distinguido y brillante cuerpo del ejército.

Intimos amigos, habían asistido juntos el día antes á la corrida de toros en compañía de otros camaradas y de las inevitables botellas del rico oloroso.

—¡Te digo que Manuel no ha vaciado al toro ni le ha esperado á pie firme!

—¡Te digo que *Desperdicios* ha recibido en toda regla!

—¡Tú qué sabes!

—¡Tú qué entiendes!

Las palabras se agriaron; los ánimos se encendieron, y sin que nadie pudiera impedirlo, sonó un bofetón... El duelo fué irremediable, y el desenlace del duelo fué funestísimo para uno de los dos bravos militares.

El otro, cumplida la dura ley que le había obligado á reñir con un amigo carísimísimo, sintió tal congoja y pesadumbre, que se apartó del mundo, trocando á poco el seductor uniforme por la austera sotana.

Tan ilustrado como virtuoso, llegó andando el tiempo á ceñir el anillo pastoral, y he aquí cómo hay en España un Obispo que debe su mitra y báculo al estoque y muleta de Manuel Domínguez.

XIII

Nada conozco que al poeta inspire tanto como los cuernos.

¿Lo duda alguno? Pues que estudie y mire nuestros dramas modernos.

XIV

23 de Agosto.—Hasta las *Nouvelles à la main* de los periódicos parisienses son ahora taurinas.

En *L'Événement* llegado hoy á Madrid encuentro esto que dejo en francés, porque así es como flane gracia:

«Tout s'espagnolise.

Mme X... à une de ses amies:

—Mon mari revient aujourd'hui, et je tremble qu'il n'ait appris quelque chose!

—Et ça t'effraie?

—Ah! c'est que lui, il n'est pas embolado!»

Con esta serán cuatro las palabras españolas que hayan adquirido carta de naturaleza en los demás idiomas cultos.

Sabido es que las otras tres son *maritornes*, *comarilla* y *pronunciamiento*.

XV

Era domingo de Pascua,
y hacía un tiempo infernal,
y el lunes llovió á torrentes,
y el martes llovió la mar.

Retrasada la apertura

del curso ornamental,

exclamaba Largettijo:

—¡Jasta Dios dá er paso atrás!

XVI

—Mon Dieu, la boule!

Este grito «espantoso» resonó en la Plaza de Toros de la *rue Pergolèse* de París, al desprendérsese la bola del pitón derecho al veraguense que acababa de recibir las soberbias verónicas con que hacía Rafael Molina su *debut* ante el público parisiense.

Pero la emoción fué tan viva y el efecto tan grande, que ya no van los *amateurs* á la corrida sin repetir antes esta consigna al oído:

—Uno de los toros perderá una de sus bolas.

Todo es empezar.

Y todo será que la «afición» francesa acabe por pedir que uno de los toreros pierda una de sus vidas.

(Ya se sabe que los toreros y los gatos tienen siete.)

XVII

(MEMORIAS DE UN HORTERA)

¿No dicen que es la Pilar tan fogosa, y que recarga?

Pues ayer vino por gró

y sólo tomó dos varas.

XVIII

Los procedimientos de *mogiganga* empleados en las corridas de toros de París han abierto nuevos horizontes á los partidarios de la pena de muerte.

Porque es lo que ellos dicen:

—¿Matan á los hombres en la Plaza de la Roquette, y no dejan matar á las bestias en la Plaza de Toros? Si lo que se busca en la pena de muerte es la ejemplaridad, no nos oponemos á que el sentenciado suba al patíbulo, y se le haga creer que va á morir, y ponga la cabeza en la guillotina... limitándose el verdugo á «marcar la suerte».

Me figuro lo que contestaría Alfonso Karr á esas pretensiones si no se hubiera cortado la coleta hace años:

—Aplaudo ese novel procedimiento.

Yo lo defenderé con ardimiento...

cuando los criminales

«embolen» previamente sus puñales.

XIX

—Me gusta que llueva mucho

—dijo un torero de invierno;—

porque así *empapo* á los toros,

y así me *mojo* los dedos.

NUESTRO DIBUJO

TOREO MEXICANO.—JINETEO.



ARA llegar á la ejecución de la suerte representada en el dibujo de este número, es necesario practicar previamente la de lazar, de la que nos ocupamos con alguna detención en el anterior.

Trabado ya el toro como allí queda indicado, y sujeto de los cuernos por el lazo que maneja uno de los jinetes, y de las patas por el del otro, la tensión de las cuerdas en opuesta dirección produce la necesaria caída del bicho sobre la arena, presa de tanta más inmovilidad cuanto mayor sea el tiro ejercido sobre la parte lazada.

En esta disposición, el charro encargado del jineteo pasa al releor del cuerpo de la res, por la parte delantera del vientre y rozando con los brazuelos, otra cuerda á modo de pretal ó cincha fuertemente ceñida. Este acto de preparación es el menos del agrado de nuestro público, que no encuentra de su gusto, y con razón, ver al animal tendido en medio de la Plaza y sin movimiento alguno, durante algunos minutos que ha de durar para que reúna todas las condiciones de exactitud y seguridad que exige el buen éxito de tan arriesgada operación del toreo mexicano.

Conseguido el objeto y agarrado el diestro con ambas manos al citado pretal, alójense primero y se sueltan después los lazos que á la fierra han contenido, la que al sentirse libre se levanta violentamente, pero no sin llevar en la misma cruz la carga del jinete airoosamente cabalgando, ni más ni menos que en la actitud en que tan exactamente la presenta Daniel Perea en la lámina que en estas líneas reseñamos.

Si el toro es revoltoso y le molesta el peso, las carreras y brinco y demás esfuerzos que realiza para sacudir la carga, dan más animación á la suerte, que, sobre todo, revela las excepcionales condiciones de los naturales de la región mexicana para la equitación, y dentro de este ejercicio su envidiable resistencia.

Si, por el contrario, el bicho no pone de su parte lo que debe, ó lo que es lo mismo, se resigna á servir de bagaje sin protestar, entonces algunos peones son los encargados de excitar su coraje, llamándole con el capote y corriéndole como á cualquiera otro de los de su especie, para obtener de esta manera el resultado que por su mansedumbre no ofrece espontáneamente.

De todos modos, el espectáculo es original y vistoso, y como al fin el cornúpeto llega á rendirse ó fatigarse del peso que le oprime, el momento en que se para es el que aprovecha el jinete para apearse y dar por terminada su habilidad, obteniendo en recompensa merecidos aplausos, como los tributados en la Plaza de Madrid á Celso González, que es el que en dos corridas la ha ejecutado.

M. DEL T. Y H.

Capotazos.

La semana que ha transcurrido ofrece tal fecundidad en acontecimientos taurinos, que necesitaríamos todo el texto del periódico para ocuparnos, aunque no fuese más que someramente, de cada uno de ellos.

Demos, pues, la preferencia á las corridas de París.

Desde el alcance de nuestro pasado número se han verificado tres corridas más en la capital de la República francesa. En la segunda se lidió ganado de Hernández y Udaeta. Los jefes de cuadrilla fueron Felipe García, Mateito y Paco Frascuelo, y excusado es decir que con estos elementos la fiesta no pasó de regular. Mal tiempo y media entrada.

Con el tiempo igualmente desapacible y mejor entrada, sin que pudiera considerarse como buena, se efectuaron las tercera y cuarta, que habían despertado más vivo interés por tomar en ellas parte el famoso espada cordobés Rafael Molina (Largettijo), en compañía de Angel Pastor. El ganado perteneció á Veragua, Patilla, Miura y Hernández. Hubo toros de excelentes condiciones y alguno que otro buey que originó protestas. Rafael atrancó grandes ovaciones en banderillas y con el capote, y cubrió el expediente en la simulada suerte de matar, que brindó en alguna ocasión á personas conocidas en la sociedad madrileña. Angel secundó con eficacia al de Córdoba.

La presencia de éste en París ha excitado la curiosidad, fomentada por la mayoría de la prensa, que se ha dado á escribir peregrinas historias y fantasías y á discurrir sobre el toreo y sus principales episodios, adobándolos de tal modo, que para cualquier español que se meta en su lectura resultarán unas narraciones extraordinarias ó aventuras maravillosas, más propias de los tiempos fabulosos que de nuestros días.

La primera de las de Ciudad Real pasó sin novedad. En cambio la del 17, con toros portugueses de Palha Blanco, fué tal vez la más accidentada de la temporada presente.

El segundo, cárdeno oscuro, bragado, bizco del izquierdo y de nombre *Canario*, saltó al callejón sobre el Pollo de Málaga, pisoteándole y causándole heridas y contusiones en la cabeza y cara; mandó á la enfermería á Salguero con un tremendo porrazo, y engancho á Hermosilla al darle la primera estocada, dejándole caer en tierra sin sentido, en cuya situación estuvo cinco minutos, mientras la Plaza era un lío, al cabo de los cuales le retiraron á la enfermería con una herida en la parte inferior del vientre, sin importancia ni gravedad. El sexto destruyó á cornadas dos puertas y gran parte de la barrera, que saltó de doce á catorce veces.

DON CÁNDIDO.

SOBA JULIO